

SARMIENTO ESCRITOR (*)

1. Al abrirse el ciclo de lecciones que hoy se cierra, el profesor Juan Mantovani formuló este exacto juicio: "Vida plural y espíritu poliforme, Sarmiento está por encima de toda limitación". Juicio convalidado a lo largo del presente curso colectivo y que también es aplicable a Sarmiento, escritor. Como tal se nos escapa de cualquier rígido encasillamiento en los géneros que, mezclada y caprichosamente, cultiva: autobiografías y biografías, memorias, viajes y cuadros costumbristas, libros incursiones en la historia, en la sociología y en la geografía humana, tratados de educación y estudios políticos y constitucionales, profusa y varia producción periodística y muy beligerante prosa polémica. Y en cuanto a la filiación literaria, si sus medios expresivos lo muestran dentro de la corriente romántica, incluso en la sobrevaloración egotista —como aquí lo ha probado la profesora Ana María Barrenechea—, no siempre es Sarmiento un escritor ajustado a la normativa de dicha escuela. Su individualismo, de tan indómito acento, desafina en la convencional orquestación del individualismo romántico cuando muchas sinfonías de timbre europeo se incorporan a las nuestras.

Desde que empezó a pensar para sí y para los demás y a escribir para sí y para los demás —destaco esta doble vertiente de sus afanes: unos egocéntricos y otros de activa proyección hacia su contorno, argentino y americano—, Sarmiento tuvo

(*) Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires el 20 de octubre de 1961.

preocupaciones y propósitos que compartían otros hombres de pareja edad. Pues aunque de personalidad harto independiente y bravía, está bien claro que, por encima de las fronteras, esas preocupaciones y esos propósitos se dieron en países unidos por su vecindad o por afinidades de ineludible coparticipación histórica o por el uso de la misma lengua. Son estos factores los que esclarecen cómo en nuestra patria la vida individual de quienes forman la generación de 1837-38 fue consolidándose en su vida interindividual y cómo, al proyectar hacer algo, cada cual advirtió que no podía todo hacerlo solamente por sí y nunca él sólo, aislado, sino en natural comunicación con cuantos emprendían sincrónicamente la marcha. De esta suerte quedaron subsumidas la vida individual y la vida interindividual en la historia: ésta, vida de todos, como laxa coexistencia si se trata de contemporáneos; como íntima convivencia, si se trata de coetáneos.

La vida interindividual de esos hombres mostró más visible cohesión en las etapas de juventud y de incipiente madurez, acaso porque aun sin desvanecerse en el conjunto la idiosincrasia de cada veintenario o treintenario, el conjunto plasmó una ideología solidaria, esa que dimana de la peculiar sensibilidad entre coetáneos. Según apropiado símil de Sainte-Beuve —al situar a Chateaubriand en su generación— son los tales cual pájaros de una bandada que de pronto emprende el primer vuelo. Comprobamos esto al recorrer la nómina de nuestros proscritos ilustres: Echeverría, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento, Cané padre, Vicente Fidel López, Mármol, Bartolomé Mitre. Actuaron movidos por un repertorio común de impulsos vitales y por eso ante la posteridad presentan cierto inicial “aire de familia”. Desde la aforística ordenación de su idealario en las *Palabras simbólicas de la fe de la Joven Generación Argentina*, 1838, hasta 1851, vísperas de Caseros, esos hombres pensaron y sintieron casi al unísono. Fueron de orientación liberal, como herederos del movimiento emancipador que cuajó en Mayo de 1810. Dentro de esa orientación, las discrepancias, algunas muy vehementes, afloraron después de 1852.

También después de 1852 las controversias, algunas muy agrias. Y casi siempre de filiación romántica, los supervivientes recibieron luego las influencias del positivismo filosófico y, con él, las del realismo literario, preferentemente francés.

2. Tenía Sarmiento sesenta y cuatro años cuando en "La Tribuna" de Buenos Aires, hizo suya la crítica ajena: "Generalmente, según la observación de muchos —afirma—, mis ideas se arrastran al comenzar el escrito, que no adquiere vigor sino a medida que avanza, como aquellos generales a quienes la batalla misma ilumina" (*Obras Completas*, tomo XLVI). Dicha confesión nos da la clave de su temperamental modo de escribir, preferentemente en la prosa suelta, periodística. Con la necesaria salvedad de que aunque sus obras de mayor legítima difusión fueron compuestas presurosamente para la prensa diaria, se descubre en ellas algún plan previo, y éste por cierto muy bien seguido y graduado en el *Facundo*. Mas si sabía de antemano qué quería decir y, diciéndolo, a qué quería instar a sus coetáneos, cualquier lector de medianas luces percibe la intrépida espontaneidad del autor. Es que no hubo en él deliberada voluntad de estilo ni cautelosa parsimonia para el embelesador retoque literario. Sus aciertos, que son muchos, le llegan desde dentro, desde lo más hondo de su ser, sin pagar impuesto en las aduanas de la gramática ni cumplir cuarentena en los lazaretos de la preceptiva.

La enorme masa de sus *Obras Completas* revela que el escribir fue para él, fundamentalmente, la formulación de un eficaz programa de trabajo, éste de imperativa validez para sí y para los demás. Tomó la pluma como apremiado por decir cosas útiles, como si estuviera urgido por comprometer y comprometerse a realizarlas. Sus *Viajes*, de 1849, no se acomodan —parece superfluo recalcarlo— a la frívola reseña del turista, pues durante las andanzas por el mundo enfoca hombres y hechos que ofrecen al lector americano buena carga adoctrinadora y buen lastre de sugerencias para la intelección de ideas fecundas y la adopción de costumbres civilizadas o que, al revés, le acon-

sejan el tajante rechazo de ideas aviejadas y de costumbres enmohecidas. Su *Vida de Dominguito*, la impresa en 1886, no contiene sólo una emocionada recordación del hijo muerto veinte años antes en Curupaytí, sino, además, un inconexo manualito de educación que el maestro, por vocación y por hábito incorregible dicta al padre, todavía acojonado. Sirvan estos dos ejemplos, demostrativos, entre cien más, de que su pluma era, sobre todo, un instrumento de labor y de incitación a la labor, un medio de instruir sobre reformas trasladables a la vida cotidiana en los países de América. Apenas si ocasionalmente le sirve la pluma para el ocio evocador o para el descanso compensatorio de sus ajetreadas vigiliadas creadoras. Ocasionalmente, muy ocasionalmente, insisto: ya al borrar las enternecidas páginas de *Mis pajaritos*; ya, en *Recuerdos de Provincia*, al abocetar a sus camaradas de infancia, pintoresco enjambre de pilluelos sanjuaninos; ya al trazar, con trémula entereza —no incurro en paradoja—, las líneas noblemente patéticas de *El día de los muertos*.

3. Carente de dotes para componer en verso, bajo seudónimo ensayó unos renglones cortos a principios de 1838. Al igual de otros coetáneos, admiraba a Byron y a Lamartine. Varias posteriores menciones de poetas extranjeros y nacionales ensancharon —sin demasiado rigor crítico— el área de sus gustos. Y en 1849, lejos del país, le fue creciendo la desafección hacia “las musas argentinas” (*O. C.*, tomo V), juzgando con evidente desdén su poco apreciable repercusión social. Nadie ignora que Mitre respondió a esos dicterios en el prólogo a las *Rimas* (1854). Pero —como es sabido— la lección no aprovechó al destinatario, y éste, ya en los setenta y cinco, dijo de los versos que son unos “cajoncitos” donde la belleza ha de “encogerse y perder sus formas para no sobresalir, o bien llenar el espacio con algodoncitos a fin de que la idea no quede como diente flojo, bailando en un alvéolo demasiado grande”. (*O. C.*, tomo XLVI). Y a la verdad que, engarzada en doble comparación tiene desenfadado donaire burlesco esta irreveren-

cia. Que no fue la única de aquella época, pues tres lustros antes y sobre el mismo tema, un hombre a quien Sarmiento alentó, Eduardo Wilde, se había enredado en larga discusión —a veces amable, a veces algo nerviosa— con Pedro Goyena, su amigo personal y su adversario político.

Con más fruición Sarmiento valora el género novelesco porque puede suscitar saludables reacciones en la masa lectora, hasta reacciones catárticas, purgativas de los malos instintos soterraños. Y valora el género dramático porque habla sin intermediarios a los sentidos del público —vista y oído— y acerca en el teatro a los hombres sin distinción de clases. En ambos géneros, pues, le importa principalmente la beneficiosa repercusión social de las obras, la posibilidad de que contribuyan a enriquecer la todavía pobre cultura americana.

4. Este escritor impaciente, sin horas, sin siquiera minutos para limar sus manuscritos ni, en ocasiones, para numerar las páginas (*O. C.*, tomo XLV), sin disposición de ánimo para salvar fallas de concordancia y fallitas en el empleo de las preposiciones —fallas y fallitas que no escapaban, sin embargo, a su formación de autodidacto, pues otras veces no las cometía—, ha manejado una prosa de léxico abundante y de entonación bastante castiza. Se le contagió el léxico abundante durante su infancia y adolescencia andinas. Y si escribía como había oído hablar a gente de buenas letras en la provincia natal y, luego, en Chile —es decir, durante los años más receptivos de su existencia—, mejoró la forma prosaria al aficionarse a Cervantes —cuyo héroe máximo le mereció comentarios muy originales (*O. C.*, tomo XL)— y al leer y releer a Larra por motivos, más que de recreación literaria pura, de antiespañolismo militante. Quedan pasajes de Sarmiento donde la reminiscencia de Cervantes o la de Larra parece fácilmente rastreada.

Dentro de su castellano americanizado, pero de limpia tradición, se le filtraron barbarismos y algunos galicismos —menos, ciertamente, que en las obras de varios connacionales de su generación, excepción hecha de Gutiérrez— y Sarmiento atinó

a entreverarlos con arcaísmos sobrevivientes en nuestra tierra y con ásperos plebeyismos malsonantes —derivados de otros que usaron los escritores españoles del siglo XVII— y con cuyanismos y chilanismos no exentos de rústica gracia. Vocablos de diverso origen y de distinta laya se codeaban así en sus escritos como parientes, próximos o lejanos bien avenidos o como extraños metidos de rondón en la amena aunque heterogénea tertulia de una prosa desigual y cuyos altibajos distingue el más lego. Lengua conversacional en la que se expresa libérrimamente, como quien tiene prisa al descerrajar sus razones y al cañonear con sus argumentos. A veces le brilla el arma blanca de una ironía retozona en el filo de un verbo táctil: “Cuidábase don José —entiéndase D. José de Oro— de espulgar mi tierro espíritu de toda preocupación dañina” (*Recuerdos de Provincia*). O luce el acero de un adjetivo neológico en la frase enternecidamente satírica: por ejemplo, aquella en que alude al corazón materno, sacudido por “los golpes del hacha higuericida” (*Id.*). O relampaguea el puñalito certero si asesta un breve sarcasmo en antítesis: “¡No asustéis —dice— no asustéis nunca a los terroristas!” (*Facundo*).

Escribía casi como hablaba, según se desprende de los encontronazos parlamentarios cuando repentinamente desconcertaba con una réplica insólita a sus adversarios. Pero escribir era su pasión. Y ver, pronto, cómo su pasión de periodista se desahogaba y se enfilaba en las columnas de la letra impresa. A Mitre, Presidente, le pedía no una imprenta, sino “una imprentita”, implorándole después campechanamente: “No me deje usted sin mi trompa de elefante”. Para él escribir era actuar. Y cuando el mucho actuar se le sobreponía al escribir —tal le ocurrió siendo Presidente de la República—, lamentaba que el cargo le amorteciera su pasión favorita.

Sarmiento fue gran consumidor de tinta desde los veintiocho años en adelante y durante casi cincuenta de rasgueo febril e incontenible. Y aunque las obras completas de un autor —hasta quizás el más eximio— resultan por lo común de extrema crueldad —esto es, cruelmente completas para él—, en el caso

de nuestro Sarmiento constituyen el espejo veraz de su vida y, descartado lo muy accesorio y momentáneo, el espejo en el cual vemos reflejado medio siglo de vida argentina. No se si achicando en centímetros o en metros la anchura de su copiosa producción, se nos achicaría el autor en su cabal dimensión humana y en su justa dimensión cívica, política y social. Sé, empero, que podría ganar en la estimación de lectores exigentes —particularmente no argentinos—, ante quienes la dimensión humana, cívica, política y social de Sarmiento gravita menos en la balanza del severo juicio crítico.

Sin deliberada voluntad de estilo y nada afecto a la cautelosa parsimonia que exige el embellecedor retoque literario, Sarmiento tiene un modo propio, genuino, de manifestarse y hay en su prosa peculiares formas idiomáticas que muestran al escritor capaz de exteriorizar eficazmente su mundo interior. El tema del hombre americano y de la naturaleza que lo rodea, tan feraz como hostil; el de la historia nacional, que Sarmiento escruta a su manera, pero con aguda sensibilidad para “la percepción de lo contingente y de su grandeza” —según lo exponía hace poco, desde esta cátedra, el profesor José Luis Romero—; el de la trabajosa organización del país, cuando tanto estaba por hacer, todos estos temas suele verlos observando lo que está más cerca de él: ya, él mismo; ya las figuras contra las que guerra sañudamente; ya, rugiente, condenando los rutinarios hábitos todavía coloniales; ya, puesto en puntas de pies, vislumbrando un porvenir mejor para su Argentina y vislumbrándolo con optimistas ojos de iluminado. A este respecto, recuerdo la anécdota que cuenta Leopoldo Lugones: “En 1859, discútese en la legislatura de Buenos Aires una garantía del 7 por ciento al capital de 800.000 pesos que se propone invertir cierta compañía ferroviaria en una línea a San Fernando, casi suburbio de la capital. Los representantes encuentran excesiva la suma. Sarmiento considérala exigua hasta lo ridículo, afirmando que los ferrocarriles argentinos llegarán pronto a valer, no ochocientos mil pesos sino ocho millones. Risas de incredulidad. El orador se exalta y exclama con provocadora convicción: ¡Ochenta

millones! Nuevas risas estruendosas. ¡¡Ochocientos millones!! Carcajada homérica. Y entonces, Sarmiento enfurecido: —Pido a los taquígrafos que hagan constar esta hilaridad en el acta. Quiero que las generaciones venideras aprecien mi inquebrantable confianza en el progreso de mi país. Y al mismo tiempo (abarcando con ademán despreciativo las bancas) ¡ con qué clase de hombres he tenido que lidiar!” (*Historia de Sarmiento*).

El complejo y turbulento mundo interior de Sarmiento, que se trasparenta en sus peculiares formas idiomáticas, hizo decir a quien a él se asemejaba en carácter ríspido y en impertérrita franqueza: “Sarmiento, que nunca se paró en tecniquerías, tiene estilo”. Y agrebaga Miguel de Unimuno: “Sarmiento lo tuvo porque no se preocupó de tenerlo, ni fue un orfebre, sino un recio forjador que batió el hierro en caliente, sobre un yunque levantado en medio del campo, al aire abierto, y no en torre de marfil. Y, sobre todo, porque fue un hombre patriota, preocupado por problemas que importaban a su pueblo” (*Contra esto y aquello*).

5. En el capítulo final de *El Profeta de la Pampa*, Ricardo Rojas ha coleccionado surtidas muestras del vocabulario sarmientino: palabras anticuadas y otras de buena prosapia española, neologismos de su invención y no mal aprestados, vulgarismos “de hombre peleador” que quiere escandalizar a los hablistas. Además, chilenismos y argentinismos. No sería difícil aumentar la lista de estos últimos, pues si la prosa de Sarmiento es de intermitente entonación castiza por las causas ya apuntadas, deja que en ella se le escurran y cuelen americanismos. Estos la arrugan, pero no la deslucen. Puede escoger desde un verbo muy gráfico como “chirlear al más pintado” (*Recuerdos de Provincia*), donde hay mixtura criollohispana, hasta el uso del ruralismo “los ponía overos” (*Id.*); desde la frase sencillota de “todo ello era pura farra de un muchacho travieso” (*Vida de Dominguito*) hasta el empleo de cierto participio bien nuestro aplicado a la captura del general Paz: “Así puede decirse que la civilización fue boleada aquella vez” (*Facundo*).

Al consumir este resuelto adueñamiento del castellano común para convertirlo aquí en dúctil medio de expresión nuestra, Sarmiento se siente bien acompañado por Echeverría en la *Ojeada retrospectiva* y por Juan María Gutiérrez en las reiteradas defensas del americanismo literario. Los tres, aunque en lengua culta y con dosificada utilización de criollismos, abren compuertas a la lengua rural en letra impresa que, si bien antes de ellos había ensayado sus primeros balbuceos, sólo alcanzaría después del 70, con los versos de José Hernández, legal carta de ciudadanía en la dilatada extensión de las naciones hispanohablantes.

Los exuberantes pasajes expositivos de Sarmiento denuncian sus connaturales hábitos de autodidacto que, muy didácticamente, quiere destapar las acolchadas entendederas de sus lectores. Apartado el contenido de muchos de dichos pasajes expositivos y atendiendo sólo la marcha de la prosa, nótese que la información se endereza hacia oraciones enunciativas —de afirmación tajante o de negación enérgica— o hacia oraciones interrogativas, éstas sugeridoras. He aquí un ejemplo, elegido en su libro sobre la *Educación popular*, atinente a los estados sudamericanos: “Se gastan en unos estados más, en otros menos de dos millones de pesos anuales en pertrechos de guerra y personal del ejército. ¿Cuánto se gasta anualmente en la educación pública que ha de disciplinar el personal de la nación, para que produzca en orden, industrias y riqueza lo que jamás pueden producir los ejércitos? La historia doméstica de cada Estado sudamericano está ahí para responder tristemente a esta pregunta”. Variadas las cifras sigue siendo de rigurosa actualidad la observación de Sarmiento.

Oigase un trozo de sus *Viajes*: “Ya ve Vd. una manera nueva de explicar el Evangelio. Según este sistema, Jesús daba banquetes monstruos a orillas del lago de Cafarnaun o de Genesareth para exponer en un meeting general la nueva doctrina social. ¿Qué extraño era entonces que sobrasen doce canastos de pan, si nadie comía, escuchando al orador, subido sobre alguna roca para hacerse oír a campo raso como O’Connell o Cob-

den? Ahora comprendo quienes son aquellos fariseos, a quienes larga tantas punzadas; son los lores, el parlamento, los partidarios del privilegio y del monopolio, los cuales le echaron el guante cuando él creía poder derrocarlos y lo colgaron, nada más natural. Así se ha hecho siempre con los que han venido a turbar la tranquilidad pública con nuevas doctrinas. Es una fortuna que Fourier haya escapado a esta recompensa que los pueblos tienen prontita para los redentores, desde Sócrates hasta nuestros tiempos”.

Manejo alternado de oraciones enunciativas e interrogativas: éstas, más que aquéllas, para acuciar la reflexión de sus lectores. Y repárese de nuevo en el adverbio “prontita”, cuya aviesa intención se subraya con el diminutivo.

En la narración —molde estructural de lo sucesivo—, sea de lo visto, sea de lo leído ansiosamente, insufla Sarmiento un atrayente ritmo vivaz para mantener la atención de la clientela. De sus *Viajes* y al hablar del agitador inglés, es este párrafo: “Cobden ha rehabilitado la predicación antigua, el apostolado sin el martirio. Algunos millones de libras esterlinas reunidas por suscripción alimentaron durante ocho años aquella guerra de palabras. Nueve millones de opúsculos arrojaron, sólo en 1843, aquellas baterías de lógica y de convencimiento; y unos dos mil mitines, cual combates parciales, y dieciséis mitines monstruos, batallas campales que oscurecen, por el brillo de los resultados, las inútiles de Jena, Austerlitz y Marengo, concluyeron por entregar a Cobden las llaves del parlamento inglés, dictando desde aquel Kremlin a la aristocracia la capitulación que le permitiría permanecer con bagajes, pertrechos, banderas y posiciones, a trueque de que dejase entrar en Inglaterra tanto trigo como el pueblo necesitase para hartarse de pan”. Ahí quedan, como felices hallazgos, esa “guerra de palabras” y esas “baterías de lógica y de convencimiento”. El procedimiento no puede ser más simple: articular dos o tres sustantivos mediante preposición para dar valor adjetival a los que la siguen. Y el efecto deseado resulta, precisamente, de este acoplamiento imprevisto.

En la descripción —molde estructural de lo simultáneo—,

realista casi siempre, románticamente poetizada a veces, se advierte su comprobado gusto por la pintura y el dibujo, como escritor plástico que reelabora sensaciones visuales y de ellas obtiene otras, cenestésicas. Cuando describe nuestro Tucumán, su pincel se complace en la policromía: “Sobre toda esta vegetación que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riqueza de colorido, revolotean enjambres de mariposas doradas, de esmaltados picaflores, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes anaranjados”. Párrafo que cierra mediante una imagen acústica: “El estrépito de estas aves vociferas os aturde todo el día, cual si fuera el ruido de una canora catarata”. Cuando describe un paisaje africano, lo hace así: “Las tenues gasas con que la naturaleza se cubre durante el reposo nocturno, flotaban ya desgarradas en masas de vapores, en tanto que el sol de la mañana, bañando el rostro con sus tibios rayos de invierno, traía a los sentidos aquel dulce adormecimiento, que haciendo cesar la vista exterior, deja que la imaginación huelgue con los recuerdos y con las impresiones experimentadas, cual niño triscón con cuantos objetos encuentra a su alcance”. (*Viajes*). El adjetivo “triscón”, de elaboración propia en grado diminutivo y obligadamente pospuesto al sustantivo en el caso —“niño triscón”—, hubiera perdido gracia y dulzura de haber empleado “triscador” en su reemplazo. Acaso porque los únicos escritores que ganan en la ruleta del estilo son aquéllos dispuestos a jugar, desprevenidamente, osadamente, sus pocos o muchos dineros verbales.

Si se arriesga Sarmiento a esos escarceos de descripción poetizada, aprendida en las páginas de los románticos franceses e ingleses, creo que no logra aproximarse a sus modelos. Pero creo, en cambio, que puede alinearse una buena galería de retratos diseñados por la segura mano del autor. Y en dicha galería el molde estructural de lo simultáneo —sea ante figura viva, sea ante figura imaginada— aparece con sus rasgos físicos y con sus definidos atributos espirituales. En ocasiones —a todos nos consta— ha armado de punta a cabo tal o cual libro para exhibirnos, por fuera y por dentro, a este o aquel

personaje. En ocasiones, le basta un párrafo, donde la pluma se le trueca en buril. A este respecto prefiero omitir los resobados tipos nativos —el rastreador y sus congéneres de diferente especificidad en la población pampeana del *Facundo*— para dar un vistazo a los de *Recuerdos de Provincia* y detenerme en uno, figura secundaria de su hogar paterno. Al mencionarlo, como quien agrega un objeto más al inventario notarial de su casa sanjuanina, Sarmiento pasa de la designación objetiva y apenas individualizadora, a la conmovida reanimación de un ser que, a la vera de la madre, con ella ha padecido estrecheces, muchas angustias familiares y menudas, menudísimas alegrías. Y ahí queda la Toribia inolvidable en inolvidable aguafuerte: “Una zamba, criada en la familia, la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crio a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, especie de vegetación natural de que no podía prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no sólo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia: reñían, disputaban, discentían y cada una seguía su parecer, ambos conducentes al mismo fin”.

Más que los verbos de estado y que los de duda y los de deseo, predominan en su prosa los de neta acción en indicativo y los de voluntad, éstos de tono apremiante. Se sirve de ellos porque así obedece a los mandatos incoercibles de su yo poderoso. Escúchense estos fragmentos: “Soy gaucho civilizado y se extraerle al caballo la última gota de marcha que puede suministrar, estrujándolo hasta que quede estirado e inmóvil” (*Vida de Domínguito*). Otro: “Sábese que en la pubertad brincan las fuerzas viriles y relincha, permítasenos la palabra, el patriotismo, encabritándose, como se agitan todos los sentimien-

tos amorosos, con los ardores de la ilusión generosa, el entusiasmo y la abnegación, que no es más que el exceso de vida". (Id.). He aquí indicios de su modalidad personal, inclinada a contemplar la vida como quehacer y como voluntad de quehacer forzoso. Mas sería muy larga la ejemplificación de este aserto y —si no estoy equivocado— dejo el tema como tema posible de investigación para los estudiantes de nuestra Facultad. También dejo para ellos ese abusivo empleo de los pronombres átonos en posición enclítica —sábese, parecióme, bástenos, preparádose, etc.— que endurece el decir suelto y desgarrado de Sarmiento. Tal vez se trata del tributo que él paga a sus lecturas españolas o, talvez —¿quien podría comprobárnoslo hoy?— de demostrar ufana y orgullosamente que él es lector muy aguerrido. . .

El uso del adjetivo en la prosa de Sarmiento brindaría, por sí sólo, materia para una disertación académica o para una pesquisa de ardua labor. En particular cuando aparece pospuesto al sustantivo, con aquel valor "lógico" que le asignan ciertos gramáticos en contraposición con el valor "emocional" del adjetivo antepuesto. Al referirse por ejemplo, en *Recuerdos de Provincia*, al clima sanjuanino nos habla del "aire reseco, tostado"; al aludir a algunos sermones, los rememora llenos de "citas latinas y palabras abibliadas"; al condenar la afición a la bebida, nos apunta que, de ser solitaria, origina una "embriaguez misantrópica". Y en *Facundo*, señala el "poder microscópico" que adquiere, por ley física, el ojo del rastreador. Por todo esto parece justificado aseverar que, en el siglo XIX y con la excepción de Eduardo Wilde, nadie compitió con Sarmiento en estos espontáneos lujos de novedosa y aquí, en nuestra tierra, insólita adjetivación. Quizá porque Sarmiento y Wilde, sin proponérselo uno y otro, grabaron en muchas páginas las huellas de su temperamental y arisca originalidad.

De esta originalidad sarmientina salen, de sopetón, gradaciones concatenadas: "¡Ay de los pueblos que no marchan! ¡Si sólo se quedaran atrás! Tres siglos han bastado para que

sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Ay de vosotros, colonos españoles rezagados! Menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado” (*Recuerdos de Provincia*). Y salen diminutivos de perversa ironía: “Toda la historia de los progresos humanos es la simple imitación del genio. Morse, Edison, y cien imitadores de Franklin en los ensayos de la electricidad, las maquinarias, la propagación de Gesner por Pasteur es la imitación del genio; las tiranías sud-americanas de tenientillos que se alzan con el poder para robarse algunos reales son imitaciones del genio, son napoleoncitos que todavía están haciendo daño, y ensayando lo que creen que son teorías de gobierno”. (O. C. tomo XLVI). O salen diminutivos de tierna significación cuando habla de los pájaros durante su estada en el Delta: “Dos días han dejado pasar sin trabajar, no obstante de estar al terminarse la bóveda e iniciada la mampara, biombo, o como se llame en lengua de pajarito, la muralla que respalda la entrada, de manera que el viento no dé de frente sobre los polluelos” (*Id.*). Porque este gruñón de Sarmiento —al igual de otros gruñones, parapetados tras su rocosa fortaleza de carácter— recatan tras ella una trémula intimidad de niños grandes.

En la prosa de nuestro autor hay para espigar un poco de todo. Allí, un juego de palabras, que revela contaminación hispana: “El peón maravillado, contó la aventura y comprendió entonces la diferencia, sabiendo que Titíes son unos monitos muy monos, los más monos de los simios que se encuentran en las grandes selvas tropicales”. (*Vida de Dominguito*). Allí, en carta a Pablo Groussac, un collar de imágenes y, cerrándolo, la comparación que lo abrocha: “Ahora pídale su concurso para llevar a todas partes con el francés, que es la lengua universal del espíritu humano, la palabra americana, genuina, sintiendo a selva virgen, a cascada del Niágara, a cadena de los Andes, a corrientes de aguas como el Missisipi o el Plata, a Pampa en fin que deja ver la curvatura de la tie-

rra sin obstáculo humano que oponerle, aunque fuera el puente de Brooklyn, o alguna pirámide lascalteca o de quien sea, que deja enanas las del Egipto. Bret Hart, desde California, ha maravillado a Europa con aquellos ronquidos de oso gris, o maldiciones de tahures que juegan millones en pepitas de oro. Nosotros también hablamos ese lenguaje, sino que el castellano es metal poco sonoro hoy, a causa del moho que le han dejado sus pasadas glorias, y peor si sale de esta América del Sud cuya literatura es mal conductor para las ideas". (*O. C.*, t. 46). Más allá una descripción de la entonces sobreviviente Córdoba colonial, cuadro sombrío que refuerza mediante la machacona repetición de un sustantivo bien hallado, embutido en oraciones yuxtapuestas de predicado nominal, salvo una. Oigase: "La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro; cada manzana tiene un claustro de monjas o de frailes; los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la teología, toda la ciencia escolástica de la edad media es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario" (*Facundo*).

Y estas son, resumidas en tres cuartos de hora, algunas muestras del estilo de un hombre sin voluntad de estilo.

6. Mucho, muchísimo resta por decir de nuestro ciclópico Sarmiento, escritor poliédrico. Pero se que a este público le interesa —por sobre la producción del escritor— la lección imperecedera de su vida. Ustedes y yo podemos discrepar con algunas o muchas de las ideas de Sarmiento, con algunos o muchos de sus intrépidos juicios. Aquellas ideas y estos juicios —seamos razonables— deben mirarse a través del lente de la perspectiva histórica. Ustedes y yo sabemos cómo, con sus manazas de gigante andino, contribuyó a forjar una Argentina mejor. A él, en buena parte, le debemos la legislación —entonces pacificadora y progresista— dictada a partir de la Constitución de 1853 y que de esa Constitución derivaba: la ley de

registro civil, la ley de matrimonio civil, la ley de educación obligatoria, gratuita y laica. Esta ley 1420 que, todavía y sin descanso, hemos de defender. Nuestra educación la costea el pueblo en los establecimientos oficiales. Y el pueblo argentino, bajo el amparo de Sarmiento perviviente, no admite distingos de razas, de credos, de clases sociales, de partidos políticos. Todos tenemos un común igualitario origen humano. Nadie es más que nadie. Cada cual es hijo y ha de ser hijo, como Sarmiento, de su propio, obligado e ineludible esfuerzo.

Y quiero terminar esta disertación con algunas palabras que Aníbal Ponce, en *La vejez de Sarmiento*, dedicó a la generación del 80, tutelada ésta por el gran sanjuanino: "La tradición liberal, cierto es, no estaba ausente en el gobierno. y Wilde era Sarmiento desde su banca de ministro, como del Valle lo sería desde la cátedra de derecho. Pero Sarmiento debía a la juventud de su país la última lección de su gran vida. Hay algo que los jóvenes no perdonan jamás en los maestros: la contradicción en el pensamiento, la inconsecuencia en la conducta. Se tiene en esa edad el orgullo profundo de dirigir la propia vida con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal. Toda traición resulta, así, una ofensa; toda indiferencia, una deslealtad".

Repitémoslo hoy, al concluir el ciclo de lecciones sobre Sarmiento, pues —por sobre las lecciones de nosotros, sus devotos y admiradores— está la vida y la obra de Sarmiento: ambas, en junto, su mejor lección para los jóvenes de ahora.

JOSE MARIA MONNER SANS
Agüero 2079, Buenos Aires